

“ANTOLOGIA DEL PENSAMIENTO HELENICO”

de Luis Brea Franco.

Por Mariano Lebrón Saviñón.

Cuando Luis Brea Franco llevó sus originales de la “Antología del pensamiento helénico” para incorporarlo como un texto más a su “Revista de filosofía” comprendimos la colosal tarea realizada y la necesidad de que esta obra constituyera un volumen más del acervo bibliográfico en que estamos empeñados en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU). La idea provino del hoy extinto poeta José Angel Buesa, quien ponderó en su magnitud este trabajo excepcional, y al percatarnos de la honestidad perfectamente seria, rara, muy rara en tanta juventud, con que el antologador seleccionaba, traducía y ordenaba sus materiales, quien esto escribe, uno de los primeros admiradores de la ejemplar dedicación al fecundo pero casi incomprendido quehacer filosófico de Brea Franco (dicho así, a secas, sin doctorazgos ni dones), transmitimos al señor Rector Jaime Viñas Román el deseo de publicar a manera de libro este ensayo, y con su amable autorización el infatigable escritor dió nuevo volumen a su libro que encierra el pensamiento fecundo y astral de la cultura más egregia del mundo.

Luis Brea Franco reboza juventud y aún así dirige el Departamento de Filosofía del Decanato de Humanidades de nuestra UNPHU. No es sereno sino inquieto, henchido de vehemenciales urgencias, hijas de su mocedad. Pero lo que en él es impaciencia fuera pecado a no estar acuciado por un afán de luz, que ilumine sombríos prados del pensamiento, teniendo en cuenta la parvedad de la vida. Y no es su callado meditar austera pose que da a su facies petrez de sabio escayolado hecho al lúdico encanto de las anécdotas, sino verdaderas urgencias de saber, inquietas como niños traviosos. ¿Y no ha dicho acaso García Morente que para filosofar hay que aniñarse? Sí; no se puede ser filósofo si las pasiones bastardas de los sentimientos bajos mortan nuestra alma; la verdadera sabiduría se refugia en el ámbito inquieto del dudar. Ser poeta o filósofo no es estar en plenitud de dichas, que siempre son falaces, sino en perenne angustia, volcado hacia el arcano de las ideas con dolorosas impaciencias en espera del rayo divino.

Es admirable en Luis Brea Franco su acendrado helenismo.

La historia del mundo griego tiene por ley la idea humana con sus alternativas y sus armonías. Los griegos realizaron en pequeño, desde todos los ángulos y en todas las esferas, el plan de la vida humana que encuentra su plena realización en el mundo moderno.

Las influencias de Grecia a través de la Historia, sobre el mundo, no fue religiosa ni política ni artística exclusivamente, sino omnilateral.

El pueblo griego fue la aristocracia del mundo y de esa aristocracia se nutrieron todas las culturas que tuvieron algo noble y egregio que ofrecer al mundo.

Hay algo que hace de los griegos esa aristocracia, esa altiva representación de las cosas puras y grandes de la vida: el descubrimiento singular y oportuno del hombre. El descubrimiento del hombre como ser de excepción en el mundo constituye la clave maravillosa para comprender el sentido y las formas expresivas de la cultura griega. La cultura griega es la metafísica de la forma; es la encarnación pasional de lo divino en la forma.

Colosal es también la tarea de darnos en un sólo volumen, y en apretada selección, la esencia de este pensamiento, y esa es la tarea de Luis Brea Franco.

José Henríquez Almánzar, Decano de Humanidades nos dice en las páginas liminares: “En esta antología, sin desmedro de su carácter, no hay selección caprichosa u obediente a preferencias del autor. Muy al contrario, creo que hay un rigor de secuencias que el autor se ha impuesto, con la finalidad de ensamblar perfectamente las ideas más sobresalientes de lo que él ha titulado “El pensamiento helénico”, de suerte que, dentro de una gran síntesis, el gran todo se hace comprensible en su grandiosa magnitud y, como digo al inicio de este escrito, no se desfigura su equilibrada belleza.”

Los griegos se introdujeron, desde la invasión dórica, en un mundo subyugado por Oriente. Muchas de las escenas de *La Ilíada* nos recuerdan la manera de ser Oriental. Tal la naturaleza cortés y refinada de Príamo, que alcanzó su máximo esplendor en la famosa escena en la que él conversa con Helena junto al muro.

En esta primera época de la cultura helénica, de esencias dóricas, ha de surgir una constelación de la cual, como un contacto eléctrico, como una chispa inesperada, como un estremecimiento secular, aparece Homero y con él, el nacimiento de la maravillosa conciencia griega, cuya primera refacción es el mito, el mito luminoso y refulgente que surge de un piélago de sombras hacia la aurora, en cada amanecer.

En la poesía de Homero, y en su mundo se descubre al hombre, en su estatura heroica, que es como decir que se descubre lo aristocrático en el hombre.

La epopeya es patrimonio de los griegos y el gran poeta épico es Homero.

En Quíos, peñón flotante del Mediterraneo, tenían dichosa morada los homéridas, hermandad de bardos que se sucedieron a lo largo de los tiempos. Aquí nacieron Ion, el dramaturgo y Teomponpo el historiador; y aquí, dice la tradición, nació Glauco, quien hacia el año 560 a. de C. descubrió, como experiencia exquisita de su vida, la técnica de soldar el hierro, y también en este pequeño mundo insular Arquemo y sus hijos

Bupallo y Artemis hicieron las más bellas esculturas que tuvo Grecia como representación del siglo VI.

Autores conscientes han afirmado que en Grecia hubo mucha poesía mala. A nosotros, desde luego, han llegado los nombres de los buenos poetas, los más grandes líricos, que Luis Brea Franco cita en rigurosa labor selectiva: Tirteo, de quien decía el rey de Esparta, Leonidas, que era “un maestro en el arte de exaltar las almas juveniles”; Alcman, su afortunado rival; Alceo, el de la estrofas alcaicas; Safo, la décima musa de Platón; Estesícoro “el hacedor de coros”; Anacreonte el de las sublimes odas; Simónides... Píndaro, eurrítmico y excepcional...

Pero a pesar de ésto, valedera es la afirmación de que Grecia estaba henchida de malos poetas. Sabemos de la balumba de mala poesía de Grecia porque ésto tenía que ser así y porque Aristófanes se burlaba de los líricos falsos. El culto escritor y humanista Pedro Vergés, al presentar la obra de Brea afirmó que él piensa que, por un milagro de la cultura, lo que sobrevivió de la literatura griega fue lo mejor. Pero Homero es un gigante impar de la Literatura. Esquilo, que fue un coloso que se elevó a las más altas cimas de la tragedia, donde sólo acaso Shakespeare podía llegar decía, modestamente, que sus obras eran “migajas del banquete homérico”.

Los tiempos homéricos constituyen un principio heróico y altivo de Grecia: el principio del destino aristocrático de este pueblo, con la gloria de su gran papel en la Historia. Es el primer paso para el encuentro con el hombre que es la meta final del acervo de este gran pueblo. El descubrimiento del hombre encuadrado en el marco heroico de la Hélade, permitió conocer el sentido de las formas expresivas de la cultura griega. Da una esencia divina a la valoración de la cultura. De esta manera al período homérico sucedió el ciclo de mitos heroicos y de poesía, también heroica. Y Grecia no conocía otra cosa ni otra manera de ser que no fuera esta medida egregia, la cual no tuvo resquicios o hendas mientras no fue quebrantado su cuerpo de vida señorial.

Hay otro elemento que se relaciona con el descubrimiento del hombre, y con el de los dioses, que tienen más de hombres que de divinidad. Estos fueron los héroes que en el mundo griego, más que héroes, a la manera de como lo concebimos hoy, son seres sobrehumanos, pero hundidos en el mundo de su naturaleza. Y el mito griego surge tan rico, tan lleno de valores, que lo abarca todo en el ámbito de lo material y en el seno de lo abstracto.

Y es que en este orbe mítico surge el más grande escenario de fantasías, que es, precisamente, la fantasía griega. Los dioses, en su omnipotencia, tienen tanto de humano, como los humanos, dentro de sus limitaciones, tienen de dioses.

Para el griego el mito pasó a ser una forma de concepción e interpretación del mundo cónsona con el concepto mágico, sustituyendo estas concepciones mágicas por realidades más o menos equiparables. Se crea de esta manera la posibilidad de la *parousia* de los dioses, es decir, su inesperada aparición corporea. Los dioses con instintos humanos no se recatan de sus pasiones humanas.

Sófocles, el trágico, invitaba a su propia mesa a comer a los dioses; y no sólo es anfitrión de dioses en plena vida, sino que después de muerto se le entronizó en un altar y fue dios olímpico al lado de los divinos.

Pero todavía más, los césares romanos, tardíos herederos de la sobrehumanidad griega, a su muerte, ganaron el Olimpo.

“El mito griego constituye, por consiguiente, un terreno, meta intelectual, de máxima verdad y realidad”.

Ninguno de los mitos griegos acomodó a la categoría de los dogmas cristianos. De la misma manera que Homero y Hesiodo fueron, en cierto modo, creadores de mitos griegos y su constelación de dioses (aunque antes de ellos existían), así Esquilo y Sófocles siguieron creando en el campo del teatro mitos maravillosos.

Pero todos estos mitos y leyendas agujaron la fantasía y las vivencias de estas figuras extraordinarias que estaban mágicamente insertadas en la vida.

Todo un orbe de grandezas se descubre en el hondo lucubrar del griego en búsqueda de verdades ignotas. Y Luis Brea Franco, con mano zahorí, con equilibrio mental nos lo muestra a través de la más pura y encumbrada pléyade de pensadores. Pero nada muestra al hombre igual en el poder ecuménico de sus potencias y posibilidades que es Prometeo de Esquilo.

“Prometeo es la fuerza —y ahora me cito— la rebeldía, el dolor, la fe, y hasta si se quiere— la esperanza enraizada en un cuerpo poderoso que combate contra las olas encabritadas del mar del destino.

Es, para mí, la cumbre de la dramaturgia universal donde se “plantea con más fuerza que en el Edipo sofocliano la voluntad indomeñable del hombre contra el destino. Tómese en cuenta que Esquilo no hace otra cosa sino abordar el tema de la Grecia del siglo V, vale decir, el conflicto entre el rebelde pensamiento contra la fe tradicional.

“¿A quién comparar a Prometeo Encadenado frente al infinito, rugiendo imprecaciones contra el destino y los dioses, llagadas sus entrañas por el corvo pico del buitre inmemorial? No a Satañas, el ángel rebelde, a quien su odio torna en membranas las plumas de sus alas y pone cornamenta en su frente entenebrecida. La visión que nos da Milton es todavía pequeña frente a esta tremendencia titánica que es Prometeo. Quizá a Isaías tronando sus homilías en la crecida sequedad desértica entre rayos y estremecimientos telúricos. Pero notad que Lucifer está libre de amarras, henchido de potencias para la maldad. Las sulfataras de su reino le infunden alientos sobrehumanos.

“Por su parte, ese Isaías rugiendo tiene aliento de Dios, como Moisés, cuando a un sólo golpe de su vara taumaturga hace brotar las fuentes..

“Prometeo está sólo, abandonado de las fuerzas divinas, confinado a humillante castigo, herido por la lanza tremenda de una heroica voluntad implacable. Los dioses sólo esperan, para abatirlo, su humillación. Y él no se humilla. Se yergue poderoso; como brota del seno misterioso de la tierra el fuego que

caracteriza los volcanes, brota de la ancha hondura de su pecho, por el cráter crecido de su boca, lava devoradora e incendiarias cenizas implacables.

“Hay, sin embargo un hombre, un sólo hombre, cuya voz, desde el estercolero de Idumea, lanza su nota de imprecación igual, de rugientes ternuras, acorde con la maldad que maculó sus carnes: ese gigante es Job.

“No las lamentaciones de Jeremías, ni el grito de dolor de Matatías ante las aguas desbordadas de la desgracia de su pueblo, sino Job. Aunque las circunstancias de sus desgracias son distintas uno mismo es el dolor de ambos. Los dos resuelven con rugidos sus angustias, uno de rebeldía, otro de piedad; uno de cólera, otro de resignación.

“Me sobrecoge este drama donde este Angel caido, que quiso robar el fuego y ser Dios él mismo, acepta su castigo con un estoicismo con el cual supera a los mismos dioses. Este era el drama preferido de Goethe, quien veía en su héroe la imagen de la juventud iconoclasta; fue el modelo ideal de Shelley y apasionó a Lord Byron.

“De Prometeo ha dicho Schlegel: “Las otras creaciones de los trágicos griegos son sencillamente tragedias, pero éste es la tragedia misma.” Si, afirmo, la tragedia del hombre en su pugna por ser inmortal.”

Nosotros hemos sido Prometeo también en pequeñas medidas ardorosas y portamos el fuego del ideal para dárselo a una juventud. inquieta que acude a nuestra UNPHU en la búsqueda de conocimientos, pero también de refacción de ideales. Fuimos prometeos, aunque nos llamaron quijotes, cuando compactados en un haz de nobles ambiciones, fundamos nuestra universidad, rompiendo las cadenas que nos ataban en la empinada roca frente al Cáucaso de una torpe adversidad. Y hoy damos flor de humanismo a las juventudes sedientas y pan de ideal.

Por eso es uno de nuestros profesores jóvenes, pero rico de acervo, tras haberse bañado en el Estigia, que oreó su noble ambición, Luis Brea Francio, nos regala este florilegio, de ecuménicas esencias eternas, como un aporte ideal al quehacer bibliográfico de la Universidad.